

LAS CATACUMBAS EN LA EDAD MEDIA Y LA TRASLACIÓN DE SUS MÁRTIRES

Eva Basteiro-Bertolí

madamesade@hotmail.com

Resumen. El declive de las catacumbas como lugar de enterramiento se fecha en torno a la segunda mitad del siglo VI. Aunque su función original caducó, no fueron abandonadas. La razón fue el florecimiento del culto a los santos y el interés por sus reliquias, lo que llevó al desarrollo de estos cementerios en una dirección que pretendía satisfacer la demanda de los peregrinos.

Abstract. The decline of the catacombs as burial places is dated around the second half of the 6th century. But even though the original function for which they were created was over, they were not abandoned. The reason was the blossom of the cult of the saints and the interest of their relics, so those cemeteries were forced to develop in a different direction in order to satisfy the demand of the pilgrims: that was their way to survive

La caída en el uso de las catacumbas como lugares de sepultura no significa que éstas fueran abandonadas y olvidadas a partir de la segunda mitad del siglo VI, sobre todo porque en los cementerios de la primera cristiandad había nacido una nueva forma de servicio divino: la celebración del *dies natalis* (el día de la muerte del difunto o nacimiento en la nueva vida) en la tumba del mártir. A finales del siglo IV y principios del V se produce además otro fenómeno que, junto con el anterior, permitirán la supervivencia de las catacumbas y su frecuentación hasta plena Edad Media a pesar del abandono por parte de los cristianos de estos complejos para uso cementerial. Es el fenómeno del culto a las reliquias: reliquias que no sólo toman forma bajo los restos del mártir, sino también en pedazos de ropa (*brandea*) que han estado en contacto con sus huesos o aceites de las lámparas¹ que queman en los sepulcros venerados.

Ya durante el siglo V se había producido un movimiento de las catacumbas hacia los cementerios en superficie e iglesias, sin embargo es durante el siglo VI cuando esta “migración” se verifica desde cementerios suburbanos a cementerios intramuros (dentro del perímetro de las murallas aurelianas). Este cambio no se debe tanto a la caída en desuso de las antiguas leyes romanas que prohibían las sepulturas en la ciudad sino, más lógicamente, a la inseguridad del *ager* romano. Durante el siglo VI la ciudad vivió 5 ataques, cambiando constantemente de manos: cuando las tropas del general bizantino Belisario entraron en Roma la encontraron desierta, y no fue hasta la llegada del general Narres en el año 552 que la Urbe recobró un poco de calma y paz.

El *Liber Pontificalis* nos habla, en la biografía del papa Silverio (536-537), de los destrozos intencionados que el godo Vitigis infligió a los cementerios suburbanos². Más evidencias de los graves ataques que sufrieron las catacumbas las encontramos en las inscripciones halladas *in situ* de época del Papa Virgilio (537-555) donde se especifican las restauraciones que operó el pontífice en los cementerios de la Vía Salaria, la Vía Tiburtina y la Labicana.

Otro factor que debió influir en el cambio de la práctica funeraria fue la inaccesibilidad de estos lugares durante los prolongados sitios godos. Ante la imposibilidad de salir a enterrar a sus múltiples muertos, los romanos tuvieron que empezar a inhumar intramuros. El espacio, cuya limitación había sido causa del nacimiento de los cementerios subterráneos no constituía ya un problema pues enteros barrios quedaron abandonados durante las Guerras Góticas.

Con la llegada de la paz, la antigua práctica funeraria no fue restablecida y las iglesias urbanas fueron poco a poco tomando el sitio de los complejos suburbanos, como lo atestiguan las excavaciones realizadas en San Lorenzo in Lucina, Santa Maria Antiqua o la basílica de San Clemente.

A partir de la segunda mitad del siglo VI ya no se tienen constancia de

¹ *Notula Oleorum*: preciosa fuente documental para el estudio de las catacumbas de Roma constituida por un elenco de los cementerios que el presbítero Juan recorrió recogiendo los aceites de las lámparas que ardían en los sepulcros de los mártires y las ampollas que los contienen, donde están indicados el santuario y el nombre del santo. Es el único “itinerario” original, conservado en Monza, Brescia (Italia).

² *Nam et ecclesias et corpora martyrum exterminatae sunt a Gothis*. (DUCHESNE, 1981) *Le Liber pontificalis: texte, introduction, commentaire*. París, 1981.

enterramientos *in catacumbas*, siendo definitivamente abandonadas para el uso por el que fueron creadas. Algunos historiadores en los años 50 habían situado cronológicamente los enterramientos intramuros como posteriores a la remoción de los restos de santos y mártires, pero las evidencias arqueológicas demuestran que éstos iniciaron casi dos siglos antes de las grandes traslaciones. La biografía del Papa Juan III (561-574) del *Liber Pontificalis* nos dice que “amó y restauró los cementerios de los santos mártires” pero aún más destacable es un pasaje posterior, en el que se cuenta que el pontífice se trasladó a vivir al cementerio de los santos Tiburcio y Valeriano (Catacumba de Pretestato en la Via Appia) e incluso consagró obispos allí.³ Parece poco probable que Juan III viviera en las catacumbas, lo que sí es más verosímil es que demorara en la iglesia y edificios del complejo erigidos en superficie.

La afirmación demuestra que las catacumbas, a pesar de no ser ya utilizadas a fines prácticos, seguían despertando interés por su contenido: las reliquias. Como ya se ha visto, el creciente interés por los restos de los mártires inicia en el siglo VI. Se suma en este período además el cambio de destino en los peregrinajes: Roma se convirtió en la alternativa a los viajes hacia Tierra Santa ya que, al fin y al cabo, poseía las tumbas de los dos principales apóstoles, San Pablo y San Pedro.

Durante el siglo VI pero sobre todo durante el VII crecerá la creencia de los poderes sobrenaturales de estas reliquias más allá de su santidad, así como la cantidad de peregrinos que llegarán a la ciudad. No es extraño pues que los primeros itinerarios para los visitantes que han sobrevivido, la *Noticia Ecclesiarum Urbis Romae* y *De Locis Santis Martyrum*, hayan sido compilados alrededor del año 640.

Con la crisis de la sepultura “suburbana” aumenta la construcción de basílicas *ad corpus* características del siglo VI y VII, aunque ya con anterioridad se habían edificado algunas como la del cementerio de Santa Tecla (datada en el IV) o la famosa basílica semi hipogea de Nereo ed Achilleo en la Via Ardeatina, atribuible al pontificado de Papa Dámaso (366-384). Estas basílicas nacían sobre el sepulcro del mártir a quien estaban dedicadas o, si no era físicamente posible, cerca de él.

³ (DUCHESNE, 1981): *Hic amavit et restauravit cymiteria sanctorum martyrum...Tunc sanctissimus papa retenuit se in cymiterio sanctorum Tiburtii et Valeriani et habitavit ibi multum temporis ut etiam episcopos ibidem consecraret.*

Aquí cabe abrir un paréntesis para hablar de la importancia de la dedicación de la iglesia a un santo y de la asimilación de altar-tumba del mártir.

En época romana para que un edificio se convirtiera en *res sacra* hacía falta un rito de dedicación, la *dedicatio*. El obispo de Milán, Ambrosio, había depuesto en una basílica cementerial a los santos Gervasio y Protasio, convirtiéndola así en *templum, resa sacra y domus* de los santos. La *depositio* se convierte así en parte integral de la celebración de dedicación del lugar sagrado. Serán lugares de culto a Cristo, pero también de los mártires cuyas reliquias representarán el objeto material de veneración. El siglo IV verá difundirse esta práctica, que se iniciará en las basílicas cementeriales *ad corpus*, siendo éstas dedicadas al mártir ya por su naturaleza fundacional. Las iglesias urbanas, sin embargo, necesitarán de la *depositio* para la consagración y dedicación al santo.

Otro de los factores interesantes que favorecerán este culto a las reliquias y a los mártires es la asimilación del altar con la tumba venerada. Según algunos estudiosos en un inicio se intentaba evitar la coincidencia entre los dos, como en el caso de las basílicas originarias de Marcellino y Pietro, San Lorenzo o Sant'Agnese. El cambio definitivo se produjo con la intervención de San Gregorio Magno en San Pietro, con la construcción de una cripta anular y el altar que englobaba la “memoria”, de modo que se podía celebrar la misa directamente encima de la tumba del apóstol.

El altar tendrá especial significado a partir del pontificado de León III⁴ adquiriendo el adjetivo de *sacer o sacrosanctus*, siendo obligatoria la consagración del altar dentro de la liturgia de dedicación de la iglesia (teniendo ésta uno propio). Así, la *depositio reliquiarum* santificará la iglesia, pero sobre todo el altar, escenario principal de la celebración eucarística.

Los altares podían consistir bien en el mismo bloque de roca que contuviera los restos, pulido y transformado en un altar vero y propio o una estructura hecha a tal efecto que se colocaba encima de la tumba o en sus inmediaciones. Si el altar contenía las reliquias se le podían practicar oberturas o *fenestrellae confessionis*, por donde los fieles podían acercar la mano o trozos de tejido para obtener así reliquias

⁴ Sobre los altares y su importancia en el conjunto cultural ver (DE BLAAUW, 2001). *L'altare nelle chiese di Roma*. Roma nell 'Alto Medioevo dentro de Settimane di Studio del centro italiano di studi sull'alto Medioevo. Spoleto, 2001.

ex contactu, solución usada en Occidente para evitar una práctica muy usada por los monjes griegos consistente en la desmembración de los cuerpos venerados⁵.

Otro fenómeno curioso es el de la toponimia. Hasta mitad del siglo V estos espacios funerarios suburbanos eran conocidos con el nombre del cementerio, a partir del VII será el santuario o la basílica a dar el nombre a los complejos catacumbales.

Estas evidencias nos informan de la importancia adquirida por el culto a los santos y a sus reliquias, y cómo éstas permitieron la subsistencia de estos centros asociados a la exaltación de los mártires cristianos, entrando en una segunda fase que no siendo de uso, será de frecuentación, restauración y embellecimiento para dar cabida a la creciente demanda de los peregrinos.

Fueron los papas los encargados de mantener y mejorar las catacumbas. Intervienen no sólo directamente sobre las tumbas, monumentalizándolas y ornándolas sino que crean verdaderos itinerarios de visita para aligerar el flujo de peregrinos. Mediante nuevos lucernarios que darán lugar a sugestivos juegos de luces, encalando las paredes de la galería principal, construyendo nuevas escaleras de acceso o cerrando incluso las galerías anexas a las tumbas veneradas⁶ mostrarán al visitante el recorrido que tiene que seguir para honrar el mayor número de sepulcros en el menor tiempo posible y sin aglomeraciones.

Todos estos factores confluirán para que la reliquia y el culto a ésta se conviertan en el centro de la devoción durante la Alta Edad Media. Su presencia será la razón de ser de las catacumbas en esta segunda fase de existencia, una vez perdida la función para la que habían sido creadas. Con el traslado de éstas intramuros empezará su verdadera decadencia, a pesar de ser aún visitadas hasta bien entrada la Edad Media por su conexión con complejos martiriales en superficie, con monasterios o centros agrícolas.

Pero el papado no sólo elaborará programas edilicios en suelo suburbano

⁵La práctica de tocar los restos de una sepultura de los cementerios suburbanos había sido prohibida por el emperador Teodosio I el año 386. Durante el siglo VI fue otra vez denunciada por Gregorio Magno, registrado en su epistolario como respuesta a la demanda de la emperatriz Constantina de la cabeza del apóstol Pablo. *Registrum epistolarum* IV,30 : *In Romanis namque vel totius Occidentis partibus omnino intolerabile est atque sacrilegum, si sanctorum corpora tangere quisquam frotase voluerit. Quod si praesumpserit, certum est quia haec temeritas impunita nullomodo remanebat. Pro qua re de Graecorum consuetudine, qui ossa levare sanctorum se asserunt, vehementer miramur et vix credimus.*

sino que intervendrá al interno de la ciudad, construyendo de cero o reutilizando edificios preexistentes. Estas nuevas construcciones conformarán el perfil de la ciudad, ante la llegada de la renovación carolingia del siglo IX y el abandono definitivo de las catacumbas que trasladará a la ciudad el culto a las reliquias (a pesar de seguirse venerando determinados mártires en algunas de ellas). Esta reubicación de las reliquias se verá reflejada en las decoraciones de las iglesias urbanas y las diaconías, máximas beneficiarias de esta traslación, exigiendo, en algunos casos, la remodelación o construcción *ex profeso* de nuevos espacios que las alberguen, como en el caso de la capilla de San Andrea, en Vaticano, o la de San Venancio en el Baptisterio del Laterano.

Hasta mediados del siglo VIII los trabajos y esfuerzos de los papas se dirigirán, en el espacio suburbano, a ensalzar y enfatizar esta nueva valencia de las catacumbas. Las intervenciones directas son siempre comisionadas por los pontífices y coordinadas a través de sus presbíteros. En esta nueva fase, en la que los pontífices se dedicarán no sólo a la restauración sino también a la decoración de los cementerios, las pinturas catacumbales adquieren un nuevo aspecto: las escenas son más estáticas, las figuras se colocan normalmente en posición frontal y los ciclos narrativos de hechos testamentarios dejan paso a imágenes cuya finalidad es ensalzar la grandeza de Cristo, sus mártires y de la Virgen⁷.

Ésta es una novedad muy significativa: hasta ese momento los protagonistas

⁶ La edificación papal empieza ya con el Papa Silvestre I (314-335) interviniendo directamente sobre la tumba del diácono Lorenzo, la creación de una basílica circiforme en la Ardeatina atribuida al pontificado de su sucesor papa Marco, o Julio I y la memoria de la catacumba de San Valentino en la Vía Flaminia. Más conocidas son las intervenciones de Papa Dámaso que ornó con epígrafes muchas de las tumbas de los mártires. A partir del siglo V estas intervenciones serán más monumentales, sobre todo durante el siglo VII, empezando con Pelagio II y la construcción de la basílica de San Lorenzo en el Verano. Para más información ver VINCENZO FIOCHI-NICOLAI: *Las catacumbas cristianas de Roma. Origen, desarrollo y aparato decorativo y documentación epigráfica*. Schnell&Steiner 1991. Para los itinerarios “ad sanctos” ver “*Itinera ad sanctos*” *testimonianze monumentali del passaggio dei pellegrini nei santuari del suburbio romano*. En Actos del XII Congreso de Arqueología Cristiana. Bonn 1991. Pontificio Istituto di Archeologia Cristiana.

⁷ El culto mariano se difunde a partir del siglo V, más concretamente después del Concilio de Éfeso del 431 en el que se condenó la herejía nestoriana. Con el fin de ensalzar la figura de la Madre de Dios se consagró la “Basílica Liberiana” o Santa María Maggiore a la Virgen y en el ciclo de mosaicos del arco triunfal, también de mediados del V, se puede observar ésta intención pues el personaje de María toma un inaudito protagonismo en la secuencia musiva.

en los programas iconográficos eran los personajes del Antiguo Testamento como Jonás, los tres jóvenes hebreos, Moisés, Job y evidentemente los apóstoles y Jesús, en escenas con ecos de la cultura pagana como la *traditio legis*, la *traditio clavium* o los banquetes por nombrar sólo algunas. Estos programas iconográficos reflejan la verdadera revolución del cristianismo con respecto a la religión preexistente: la muerte se convierte en un tránsito feliz hacia una nueva vida en el paraíso.⁸ Las escenas y motivos utilizados expresan mensajes positivos, optimistas y los difuntos son representados con la actitud del orante, en el típico gesto de la *expansus manicus* con los brazos alzados. No es un gesto de oración, sino de gratitud por haber alcanzado la gloria. (Tab. I, II)

Ahora, en cambio, serán los mártires los que adquieren relevancia en los programas decorativos. Son personajes más cercanos al fiel, y no sólo en el tiempo.

La evidencia artística, por tanto, es paralela al aumento de interés por los restos de estos santos. Interés que provenía, sobre todo, de la creencia sobre sus poderes taumatúrgicos, así como la protección que ofrecían tanto a nivel individual como incluso de enteras ciudades. Su posesión se convirtió, así, en una cuestión de considerable importancia.

A pesar de constituir una excepción, la primera traslación se produce bajo el papado de Simmaco, entre los años 498 y 510, de los mártires Proto y Giacinto desde el cementerio de Sant'Ermete en la Salaria Vetus al oratorio de San Andrea en San Pedro. El Papa Pablo I (757-767) abrirá el período de las grandes traslaciones que culminará en el siglo IX y el papa Pascual I (817-824). A él se deben la construcción de Santa Prassede a la que dotó de reliquias de hasta 2300 mártires provenientes de diversas catacumbas de los suburbios, y de las iglesias de Santa Cecilia, Santa María in Domnica y Santi Quatro Coronati.

La llegada masiva de monjes orientales a Italia durante los siglos VII y

⁸ La palabra cementerio deriva del latín *coemeterium* y éste del griego *κοιμητήριον*, que significa dormitorio. Será un lugar de reposo temporal, a la espera de la resurrección. Catacumba, en cambio, viene del topónimo *ad catacumbas* (cerca de la cavidad) que era el nombre con el cual se conocía antiguamente el cementerio de San Sebastiano, y después, por extensión, todos los cementerios subterráneos.

VIII, a causa principalmente de las luchas iconoclastas, es una de las razones que se esgrimen para justificar lo que se convertiría en uno de los comercios más lucrativos de la Edad Media, pero también, a nivel estilístico e iconográfico, la influencia bizantina en la producción artística y en la liturgia de este período.

El *corpus* de pinturas medievales en las catacumbas romana no es demasiado extenso y por ello, además, ha sido infinitamente menos estudiado que su predecesor paleocristiano. Otra dificultad añadida es el problema que genera su datación. Si bien en las iglesias urbanas los términos *post* y *ante quem* pueden venir determinados por la arquitectura, en las pinturas realizadas sobre tufo las pistas raramente provienen del exterior, sino a través de la evidencia interna. Ni siquiera el traslado de las reliquias determina con seguridad algún tipo de datación, pues está documentado en varias de las catacumbas una intensa labor de restauro e incluso una continuación en el peregrinaje aún después de la remoción de los cuerpos venerados. Éste es el caso del complejo martirial en la catacumba de Ponziano, en la Via Portuense, de los santos Abdón y Sennen. Su frecuentación y pervivencia durante la Edad Media se deben a la presencia de un centro agrícola en estrecha relación topográfica con el edificio de culto. Así pues, a pesar que en el siglo IX las reliquias de los santos fueron trasladadas intramuros, su continuidad está documentada no sólo en el uso cultural del complejo funerario sino también en la actividad productiva agrícola⁹. Otro ejemplo nos lo proporciona la catacumba de San Sebastiano, a pesar de los avatares de las reliquias que poseían que, finalmente volvieron a su lugar de origen. La frecuentación del complejo no decayó durante los siglos que faltaron los restos pues el lugar fue, erróneamente, considerado desde sus orígenes la casa de los apóstoles Pedro y Pablo y por esa razón meta continua de peregrinación.

El “catálogo” de las obras medievales en las catacumbas incluyen:

Catacumba de Comodila: cripta de los santos Felice y Adauto con los murales de Turtura y San Luca. V.Ostiense.

Catacumba de San Callisto: frescos procedentes de las criptas del papa Cornelio y de Santa Cecilia. V. Appia.

Catacumba de San Valentino: frescos del vestíbulo, con 9 figuras de

⁹ Para más información sobre el complejo martirial de Abdón y Sennen y su supervivencia en época alto medieval ver “*ECCLESIAE URBIS*”. *Atti dell Congresso Internazionale di Studi sulle Chiese di Roma* (IV-X secolo). Roma 2000. Ed. Città del Vaticano 2002.

santos de difícil identificación (hoy en muy malas condiciones pero perfectamente conservados hasta el 1600).

Catacumba de Calepodio: tumba de San Callisto con frescos de la vida y martirio del papa. V. Aurelia.

Catacumba de Massimo o Felicitas: Cripta con un gran mural de Felicitas y sus hijos. V. Salaria Nuova.

Catacumba de Ponziano: sepulcro de los santos Polión, Milix y Pomenio y fresco del baptisterio. V. Portuense.

Catacumba de Bassila o Sant'Ermete: Ábside de la capilla de Sant'Ermete. V. Salaria *Vetus* (Tab III, IV, V).

Su datación va desde los siglos VI hasta el XII siguiendo criterios estilísticos de los frescos de las iglesias y diaconías urbanas comisionados por los mismos pontífices que intervenían en las catacumbas.

Estas pinturas, llamadas “pinturas devocionales” se desarrollan entre los siglos VII y VIII, a la vez que lo hace el culto a los santos. Colocadas cercanas a las tumbas son imágenes que, podríamos decir, tiene la función de los actuales “pósters”, capturando la atención a lo largo del recorrido del peregrino. Son imágenes de santos estereotipados, no personalizados, y a nimbo pleno. Estas pinturas devocionales serán el lugar más deseado para los “graffiti” de los visitantes.¹⁰

Otro tema aparte son los ciclos hagiográficos. No parece que haya evidencias de esta tipología de ciclos narrativos antes de finales del siglo VII. Hasta ese momento apenas existen ejemplos de escenas que muestren el dolor y el sufrimiento del martirio, con excepciones puntuales como pueden ser la de la columna en la capilla hipogea de los santos Nereo y Achilleo, en el que se muestra el martirio de los dos legionarios o el fresco de la acusación de Susana en las catacumbas de Santa Tecla: las escenas representadas debían mostrar la esperanza en la vida futura.

El primer ejemplo de representación del martirio en las catacumbas (primero y único) lo encontramos en las catacumbas de Calepodio, más concretamente en la tumba del papa Callisto, datadas en el siglo VIII. En el exterior, la primera evidencia la hallamos durante el papado de Juan VII (705-707)

¹⁰ Firmas e invocaciones que dejaban los peregrinos como evidencia de su visita.

en el programa musivo con escenas de la vida del primer apóstol de la capilla que construyó en San Pedro y también del siglo VIII son los frescos de Santa María Antiqua, en la capilla de Teodoto con escenas del martirio de los santos Quirico y Giulitta. No se puede hacer menos que observar la relación entre la introducción de la práctica de manipular los cuerpos (a cargo de monjes orientales y un número de papas provenientes del Este) y la aparición de estos nuevos motivos pictóricos. En el caso de Santa Prassede es irrefutable que la decoración hagiográfica del transepto, hoy en las paredes interiores del campanario, responde a esta función de conmemorar la llegada de las reliquias hasta allí trasladadas por Pascual I

A partir de la segunda mitad del siglo VIII, con la primera traslación sistemática llevada a cabo por Pablo I, las catacumbas entran en su última fase que las conducirá al abandono. La razón por la que se lleva a cabo, además de la influencia oriental, es la destrucción salvaje a la que se ven sometidos los cementerios, ocasionada por el enésimo sitio que sufría la ciudad, esta vez a manos de los lombardos, entre enero y abril del año 756. Parece evidente la relación de este episodio con el inicio de las grandes traslaciones. Los lombardos eran acusados de crímenes impíos, como la destrucción de iglesias rurales, el asesinato de monjes y la violación de monjas. No sólo el *Liber Pontificalis* da testimonio de los hechos, incluso el sínodo convocado por el papa Paolo I en julio de 761, en el que confirmaba la creación del monasterio de San Silvestro in Capite, justificaba la traslación de los restos de los mártires al susodicho monasterio por encontrarse los cementerios en estado deplorable y por la continuada destrucción a la que los habían sometido los lombardos de Astulfo.

No existe evidencia arqueológica de tamaño “destrucción” en las catacumbas, por lo que ésta no parece la verdadera razón por la que se les despojó de tan preciado contenido. Lo que sí es probable es que los lombardos buscaran huesos de santos para llevárselos consigo y fuera ésta la motivación real para que los pontífices decidieran sacarlos de allí: el temor a quedarse sin reliquias.

Con la marcha de la mayor parte de los restos y la evidente peligrosidad que suponía la celebración del culto en el suburbio, los cementerios suburbanos irán siendo paulatinamente abandonados. Las últimas traslaciones las podemos fechar alrededor del año 886, llevadas a cabo por el papa Sergio II, quien trasladó los restos de los mártires Diodoro y Mariano, entre otros, desde un cementerio de

la Via Salaria hasta el Laterano y sobre todo hasta la iglesia de los Santi Apostoli, que acababa de reconstruir.

La inseguridad del *ager* por las incursiones sarracenas, ya durante el siglo IX, hizo que disminuyera el flujo de visitantes. La relativa calma del X provocó un aumento del interés por visitar las tumbas de los primeros mártires, con o sin restos a los que venerar. El conocimiento de estos cementerios bajo tierra perduró a través de “guías” que citaban las maravillas dignas de ser visitadas por los “turistas” o peregrinos, y entre ellas la más conocida tal vez sea el *Mirabilia*, compilada alrededor del siglo XII. El décimo capítulo está enteramente dedicado a los cementerios suburbanos.

El declino de la religiosidad en el XIV, con el papado trasladado a Aviñón, y la consiguiente carencia de clero para ocuparse de las iglesias, sobre todo de aquellas suburbanas, serían fatales para el destino de estas estructuras. Testimonios afirman que pocos se aventuraban ya a entrar en los cementerios de Priscila o San Callisto. Sin embargo, a pesar de que las circunstancias confluyeron para llevar al olvido las catacumbas ya que de la mayor parte de los cementerios se había perdido la pista, algunas continuaron siendo visitadas hasta el siglo XV, como es el caso de San Pancracio, San Lorenzo o el mismo San Callisto.

Sería Antonio Bosio, ya en el siglo XVI, el encargado de “redescubrir” oficialmente las catacumbas y plantar las semillas de una ciencia que tomaría forma con Giovanni Battista de Rossi, el padre de la Arqueología Cristiana, en el siglo XIX.

A modo de conclusión se puede afirmar que las catacumbas y su aparato decorativo pasan por tres fases. La primera de ellas, la más conocida y estudiada, engloba el origen, desarrollo y abandono de estas estos cementerios como lugar de sepultura, a mediados del siglo VI. Evidentemente ligado a su función, la decoración pictórica de este período refleja temas de muerte y salvación, con escenas testamentarias que simbolizan la vida eterna. Sólo el fresco de la presentación de Turtura a la Virgen puede considerarse dentro de este sistema iconográfico a pesar de ser una pintura ya medieval.

El grueso del material medieval se engloba en una segunda fase que llegaría hasta la época de Carlomagno, fase en la que el uso funerario se ha abandonado por la función cultural y de veneración de los santos. Es el período en el que se inician las peregrinaciones. Si la función cambia también lo hace consecuentemente

la decoración. En este período aparecen las pinturas devocionales y, con la sola excepción del vestíbulo del cementerio de Calepodio, las hallamos siempre cerca de las tumbas de los santos.

Un tercer grupo de pinturas pertenecen ya a la tercera fase que nos llevaría desde mediados del siglo IX hasta el final de la Edad Media. Con las traslaciones los cementerios no revisten ya demasiado interés, con algunas excepciones. En este período la decoración no está relacionada con el culto a un mártir en concreto sino con un uso cristiano más general. En algunos casos los programas muestran vínculos con la vida monástica al ser los monasterios en superficie relacionados con los complejos bajo tierra los que permitían la supervivencia de algunos de éstos. En este contexto cabe incluir las pinturas del ábside en la catacumba de Sant'Ermete o la cripta de Santa Cecilia.

A quién iban destinadas estas nuevas pinturas y, sobre todo, por qué las catacumbas continuaban siendo restauradas y decoradas si sus “tesoros” se encontraban ahora intramuros es una pregunta que se hacen los estudiosos de las catacumbas de este período, pues el estado de conservación de muchos de los frescos no permiten una lectura iconográfica demasiado inteligible ni definitiva. La campaña arqueológica que se ha desarrollado estos últimos años en las catacumbas de Albano, cerca de Roma, parece que arrojará algo más de luz a este respecto. Es posible que, a modo de reliquia *ex contactu*, los sepulcros que durante tantos siglos contuvieron los huesos de los mártires siguieran atrayendo a cierto número de peregrinos y, además, como lugares santos, exigieran un mínimo de atención por parte de los pontífices. Tanto la elección de los temas como el espectador a quien iban dirigidos demostraban posiblemente unas inquietudes y necesidades diversas a sus antecesores paleocristianos, seguramente más complejas a la luz de cómo se desarrollaba también la filosofía cristiana. Así pues, estos “dormitorios” subterráneos continuaron ejerciendo fascinación muchos siglos después de su nacimiento, a pesar de no desempeñar ya la función para la que fueron creados.

Bibliografía

- Andaloro, M. *Arte e iconografia a Roma. Da Constantino a Cola di Rienzo*. Milano, 2000.
- Bisconti, F. *Las catacumbas cristianas de Roma. Origen, desarrollo y aparato decorativo y documentación epigráfica*. Regensburg, 1991.
- Carletto, C. *Guida delle catacombe di Priscilla*. Ciudad del Vaticano, 1981.
- Cechelli, M. *L'edificio di culto tra il III e l'VIII secolo*. Aurea Roma. Dalla città pagana alla città cristiana. Roma, 2000.
- Cecchelli, M. *Sulla traslazione dei martiri Proto e Giacinto da Sant'Ermite al Vaticano*. "Ecclesiae Urbis". Atti del Congresso Internazionale di Studi sulle Chiese di Roma (IV-X secolo). Città del Vaticano, 2002.
- De Blaauw, S. *L'altare nelle chiese di Roma come centro di culto e della committenza papale*. Roma nell'Alto Medioevo. Settimane di Studio del centro italiano di studi sull'Alto Medioevo. Spoleto, 2001.
- Duchesne, L. *Le Liber pontificalis: texte, introduction, commentaire*. Paris, 1981.
- Farioli, R. *Pitture di epoca tarda nelle catacombe romane*. Ravenna, 1963.
- Ferrua, A. *Catacombe sconosciute. Una pinacoteca del IV secolo sotto la Via Latina*. Firenze, 1991.
- Fiocchi-Nicolai, V. *"Itinera ad sanctos" testimonianze monumentali del passaggio dei pellegrini nei santuari del suburbio romano*. Actos del XII Congreso de Arqueología Cristiana. Ciudad del Vaticano, 1991.
- Fiocchi-Nicolai, V. *Las catacumbas cristianas de Roma. Origen, desarrollo y aparato decorativo y documentación epigráfica*. Regensburg, 1999.
- Guidobaldi, F. *Spazio urbano e organizzazione ecclesiastica a Roma nel VI e VII secolo*. Actos del XIII Congreso Internacional de Arqueología Cristiana. Ciudad del Vaticano, 1998.
- Krautheimer, R. *ROME. Profile of a city. 512-1302*. New Jersey 1980.
- Orborne, J. *The Roman Catacombs in the Middle Ages*. Papers of the British School in Rome. Roma, 1985.
- Pani Ermini, L. *Forma Urbis: lo spazio urbano tra VI e IX secolo*. Roma nell'Alto Medioevo. Settimane di Studio del centro italiano di studi sull'Alto Medioevo. Spoleto, 2001.
- Pergola, P. *Santuari dei martiri romani e pellegrinaggio tra IV e IX secolo*. La comunità cristiana di Roma. La sua vita e la sua cultura dalle origini all'alto medioevo". Ciudad del Vaticano, 2000.
- Spera, L. *Il paesaggio suburbano di Roma dall'antichità al Medioevo: il comprensorio tra le vie Latina e Ardeatina dalle Mura Aureliane al III miglio*. Roma, 1999.
- Testini, P. *Le catacombe e gli antichi cimiteri cristiani in Roma*. Bologna, 1966.

Tab I.



Bóveda del cubículo de la *Velatio*, en la Catacumba de Priscilla en la Via Salaria. Decoración a base de líneas rojas y verdes. En el centro el Buen Pastor (tomado de la iconografía pagana) a la derecha los tres jóvenes hebreos en el fuego. Abajo imagen de la *velata* en posición orante, con escenas de su vida. Al fondo Jonás escupido por el monstruo. Obsérvese la profusión de pavos reales, símbolo de la vida eterna y de la incorruptibilidad de la carne, también préstamo pagano. De Fiocchi-Nicolai, Bisconti, Mazzoleni: *Las catacumbas cristianas de Roma. Origen, desarrollo, aparato decorativo y documentación epigráfica*. Regensburg, 1999.



Ciclo de Jonás: descansando bajo la pérgola y escupido por el monstruo. De Antonio Ferrua: *Catacombe sconosciute. Una pinacoteca del IV secolo sotto la Via Latina*. Firenze 1991. Pág. 74 y 75, respectivamente.

Tab II.

ttt



La llamada Capilla Griega en la catacumba de Priscilla. En primer plano la adoración de los reyes, al fondo la *fractio panis*, como escena de banquete. A la derecha se puede apreciar una escena del ciclo de Susana acusada por los ancianos. La santa muestra la posición del orante. Carlo Carletti: *Guida delle catacombe di Priscilla*. Ciudad del Vaticano, 1981, Pág. 32.

Tab III.



Fresco de Turtura presentada a la Virgen por los santos Felice y Adauto, que ejercen de intermediarios. Catacumba de Comodilla, en la Via Ostiense. De Flocchi-Nicolai, Bisconti, Mazzoleni: *Las catacumbas cristianas de Roma. Origen, desarrollo, aparato decorativo y documentación epigráfica*. Regensburg, 1999, Pág. 107.

Tab IV.



Tab IV. Santos con imagen estereotipada, en la catacumba de Ponciano, en la Vía Portuense. De Fioocchi-Nicolai, Bisconti, Mazzoleni: *Las catacumbas cristianas de Roma. Origen, desarrollo, aparato decorativo y documentación epigráfica*. Regensburg, 1999, Pág. 65

Tab V.



Tab. V. Una de las escenas del ciclo martirial del Papa Calixto en la catacumba de Calepodio, en la Via Aurelia. De Fricchi-Nicolai, Bisconti, Mazzoleni. *Las catacumbas cristianas de Roma. Origen, desarrollo, aparato decorativo y documentación epigráfica*. Regensburg, 1999, Pág. 108.